

Pensadores Fundamentales

# Boecio (480-525)

Por Álvaro A. Pezoa  
Licenciado en Filosofía



2

I. Vida y obra

4

II. El trabajo  
de traducción

5

III. Teología

7

IV. La consolación de  
la filosofía

# I. Vida y obra

**A**nicio Manlio Severino Boecio nació en Roma hacia 480, es decir, solo algunas décadas después de la muerte de Agustín.<sup>1</sup> El contexto cultural en el que se formó es, entonces, bastante similar al que rodeó al obispo de Hipona, es decir, un Imperio en decadencia, dividido espiritualmente por la existencia de sectas y herejías, cuya administración se enfrentaba a una descentralización progresiva que disminuía el poder imperial.<sup>2</sup> Como hijo de familias ilustres, Boecio pudo gozar de una excelente educación –es probable que haya estudiado en Atenas–<sup>3</sup> y, al igual que el resto de los patricios, accedió a un alto puesto político.<sup>4</sup> Ya como cónsul, Boecio se vio acusado de conspiración contra Teodorico –emperador en aquellos años–, fue encarcelado y posteriormente ejecutado.

Respecto de este último suceso, existe variada literatura sobre el posible martirio del filósofo y político.<sup>5</sup> Las fuentes tradicionales sostienen que era cristiano y que su encarcelamiento fue fruto de una disputa con los arrianos.<sup>6</sup> Si su encarcelamiento hubiese sido motivado por cuestiones religiosas, entonces no cabe más que aceptar su martirio. Sin embargo, es dudoso que aquella pudiera ser la razón de su muerte: tal como señalan algunos expertos, el conflicto teológico del cristianismo con el arrianismo no era un asunto candente en aquellos años, es más, la cuestión es dudosa porque Boecio no ataca el arrianismo

en ninguno de sus escritos.<sup>7</sup> Lo más probable es, entonces, que las acusaciones contra Boecio fueran inspiradas por cuestiones políticas.

Dicho esto, es necesario resaltar que la obra de Boecio es de vital importancia tanto para cristianos –incluso aquellos que niegan su martirio– como para aquellos que quieran profundizar en el pensamiento medieval sin motivación religiosa. La Edad Media ha sido comúnmente retratada como una época de oscuridad cultural. Sin embargo, este estigma no da cuenta de un fenómeno que cruza toda la filosofía del medievo: la *escolástica*. Esta puede ser definida como el trabajo intelectual de congeniar fe y razón, conciliando la tradición filosófica antigua con la doctrina cristiana.<sup>8</sup> En este esfuerzo, Boecio resalta por ser, utilizando palabras de Lorenzo Valla, “el último de los romanos y el primero de los escolásticos”.<sup>9</sup> En otras palabras, Boecio conjuga toda la tradición de la filosofía antigua, la herencia cultural (y civil) de Roma, y la influencia espiritual del cristianismo. Su peculiaridad es encontrarse en un periodo histórico particularmente complejo en cuanto a sustento intelectual y espiritual, dando una respuesta satisfactoria a las preguntas vitales del ser humano.

La obra de Boecio es multiforme, y ni uno solo de sus aspectos ha dejado de influir en la Edad Media; pero en ningún ámbito fue tan extensa su autoridad como en

<sup>1</sup> Se calcula la muerte de Agustín hacia 430.

<sup>2</sup> Algo de esto aparece en Hilaire Belloc, *Europa y la fe*, México, D. F., Ciudadela Libros, 2008. El argumento de Belloc es que frente a la crisis administrativa e institucional del Imperio, el cristianismo sirvió para rescatar a Occidente de la decadencia, conservando costumbres, ideas e instituciones que posteriormente ayudaron a conformar las naciones modernas.

<sup>3</sup> Esta tesis es sostenida por C. J. Vogel, “Boethiana I”, *Vivarium*, No. 9, pp. 51 y ss. Sin embargo, es discutido que Boecio estudiara en Atenas. En su escrito de características más biográficas, *La consolación de la filosofía*, Boecio reconoce haber recibido formación eleática (escuela griega presocrática, que congrega el pensamiento de filósofos como Parménides, Zenón, Heráclito y Pitágoras) y académica (o platónica), pero de ello no se puede concluir que, de hecho, pasara por Grecia. Vogel llega más lejos aún y sostiene que el autor romano terminó sus estudios en Alejandría, cuestión muy discutida también por los comentaristas.

<sup>4</sup> De hecho, hacia 476, Odoacro, rey de los hérulos, destituyó a Rómulo Augústulo y tomó posesión del Imperio Romano de Occidente.

<sup>5</sup> Boecio fue considerado mártir durante un tiempo. No hay bibliografía que registre un planteamiento serio sobre el martirio de este personaje, más bien pareciera que es un hecho asimilado durante un tiempo como tradición por algunos cristianos. Con todo, León XII aprobó su culto para la diócesis de Pavia en 1883.

<sup>6</sup> El presbítero Arrio (256-336) de Alejandría sostenía que Jesucristo era hijo de Dios, pero no Dios mismo. Teodorico, de origen ostrogodo, era arriano por herencia cultural. Al asumir como rey de Italia (ya era rey de los ostrogodos), se rodeó de funcionarios que adherían a esta doctrina (aunque no exclusivamente).

<sup>7</sup> Por ejemplo, William Bark, “The Legend of Boethius’ Martyrdom”, *Speculum*, Vol. 21, No. 3, pp. 312-317. Véase también Étienne Gilson, *La filosofía en la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1976, pp. 130-131.

<sup>8</sup> Josef Pieper, *Filosofía medieval y mundo moderno*, Madrid, Rialp, 1979, pp. 11-36.

<sup>9</sup> Cf. E. K. Rand, “Boethius, the First of the Scholastics”, *Founders of the Middle Ages*, Cambridge (Massachusetts), Cambridge University Press, 1928, pp. 135-180. Según Rand, Valla, un humanista del siglo XV, habría sido el primero en entregarle este “título” a Boecio.

# I. Vida y obra

el de la Lógica: se le debe un primer comentario y traducción a la *Introducción (Isagoge)* de Porfirio, un comentario y traducción a las Categorías de Aristóteles; una traducción y dos comentarios del *De interpretatione* -uno introductorio y otro para lectores avanzados-, y mucho más. En palabras de Étienne Gilson, Boecio puede ser considerado el “profesor de Lógica” de la Edad Media, por lo menos hasta el siglo XIII, cuando el *Organon* aristotélico<sup>10</sup> fue traducido por completo al latín.<sup>11</sup> Además de estas obras, Boecio escribió sobre teología (*De*

*Trinitate*) y un texto que conjuga el cristianismo con la tradición filosófica antigua, *De Consolatione Philosophiae* (La consolación de la filosofía). Este último, por cierto, el más famoso y comentado de todos sus escritos. Sin embargo, existe otro texto, *Liber de persona et duabus naturis* (Libro sobre la persona y [sus] dos naturalezas), donde se define a la persona como “sustancia individual de naturaleza racional”. Esta definición es utilizada aún hoy en día en parte del mundo académico.



<sup>10</sup> Es decir, el compendio de tratados de lógica de Aristóteles.

<sup>11</sup> Étienne Gilson, *La filosofía en la Edad Media*, p. 131.

## II. El trabajo de traducción

Si hubiese que justificar la frase de Lorenzo Valla, sería necesario recurrir a las traducciones que hizo Boecio de la obra aristotélica. De hecho, su mismo trabajo de traducción se muestra como un sincretismo entre la cultura latina y la griega. Tal como menciona Josef Pieper, al traducir el vocablo griego *arjé* (principio) a *principium*, Boecio traslada de una cultura a otra una serie de contenidos con una sola palabra.<sup>12</sup> Se ha cuestionado que Boecio tuviese siempre en miras un trabajo de este tipo,<sup>13</sup> pero lo cierto es que incluso en las traducciones que parecieran más mecánicas, hay un trasfondo filosófico que posibilita la correlación entre el mundo antiguo y la Edad Media.<sup>14</sup>



<sup>12</sup> Josef Pieper, *Filosofía medieval y mundo moderno*, pp. 24. “Principio” significa para los griegos la causa primera, el acto de generación, el inicio temporal de una actividad u objeto natural, pero también implica aquello que, en cierto sentido, apunta a la finalidad de la cosa misma. Es sorprendente como Boecio logra trasladar todos estos significados en el vocablo *principium*.

<sup>13</sup> Eduardo Molina, “Traducción y comentario en el medioevo temprano: Boecio y el *De Interpretatione* 14”, *Onomazein*, No. 6, pp. 149-162. Molina sostiene que las glosas de Boecio al *De Interpretatione* pueden tener cierta originalidad, pero que, en general, el autor de la *Consolación*, habría hecho un trabajo similar al de sus coetáneos, es decir, replicar y parafrasear todo lo que proviniera del mundo griego. Aunque la postura de Molina parece moderada, lo cierto es que niega en parte la originalidad de Boecio. Pareciera que para elaborar un juicio más justo con Boecio, se hace necesario analizar su obra completa.

<sup>14</sup> Étienne Gilson, *La filosofía en la Edad Media*, p. 135. Gilson sostiene que Boecio habría legado a la filosofía medieval una solución aristotélica al problema de los universales (es decir, aquellos conceptos que congregan una serie de accidentales y sustancias bajo un mismo vocablo; el problema de los medievales era resolver si acaso los universales tienen un valor meramente nominal o si, en realidad apuntan a la esencia de las cosas). Sin embargo, esta solución aristotélica es una versión corregida por Boecio.

# III. Teología

El trabajo teológico más conocido de Boecio es el *De Trinitate*<sup>15</sup>, donde expone una defensa de la religión cristiana frente a la secta arriana. Para los arrianos, Jesucristo era hijo de Dios, pero no Dios mismo. A esto responde Boecio enfáticamente, utilizando, por una parte, la herencia teológica recibida de Agustín<sup>16</sup> y, por otra, conceptos de lógica aristotélica que pueden ser apreciados en *Categorías*.<sup>17</sup>

“Pero Dios no se puede diferenciar de Dios, ni se puede pensar que Dios se encuentre separado en accidentes o en diferencias sustanciales que han sido puestas en un hombre. Pero donde no hay diferencia, no hay pluralidad y, por consiguiente, no hay número plural [en Dios], sino únicamente la unidad. Porque aunque ‘Dios’ se repita tres veces al hablar del Padre, del Hijo y el Espíritu Santo, las tres unidades no producen una pluralidad de número respecto de lo que verdaderamente son, si es que nos abocamos a las cosas que se pueden contar y no el número en sí mismo.”<sup>18</sup>

A pesar de que el *De Trinitate* aborda exclusivamente una cuestión teológica, es posible encontrar impresiones teológicas personales en la obra de Boecio. El autor de la Consolación divide la filosofía en dos especies, la teórica o especulativa y la práctica o activa. La filosofía especulativa se subdivide según la clase de seres que se estudian. Existen objetos *intelectibles* (*intellectibilia*), los *inteligibles* (*intelligibilia*) y los naturales (*naturalia*).

Los seres intelectibles son aquellos que existen fuera de la materia (Dios y los ángeles), los inteligibles son aquellos que pueden existir fuera de la materia, pero que han caído en la materia (como ocurriría, por ejemplo, con el alma humana) y, finalmente, los objetos naturales son aquellos que necesariamente viven y existen en el mundo material. Estas últimas dos divisiones pueden ser ya encontradas en Platón y Aristóteles, sin embargo, la primera (que tiene por ciencia la teología) se la adjudica Boecio a sí mismo.<sup>19</sup>

Otro tópico teológico fundamental en la obra de Boecio es el concepto de *necesidad*.<sup>20</sup> Entiéndase la necesidad, en este caso, como “aquello que no puede ser de otro modo” -las leyes del universo, si se quiere-, pero siempre apuntando a la perfección divina. En este sentido, se podría decir que es necesario que Dios sea bueno y providente, si es que se acepta su condición de primera causa. Para algunos estudiosos, la necesidad no tiene ninguna originalidad en este autor, y sería más bien una continuación de lo que se había recogido de la tradición neoplatónica.<sup>21</sup> Como ya se dijo, Boecio efectivamente estudió en un ambiente intelectual de herencia platónica, pero esto no quiere decir que su modo de comprender la realidad estuviera ausente de revisiones y críticas. Decir que el autor de las *Consolaciones* remite únicamente a la doctrina neoplatónica es similar a reducir la obra de Agustín a elementos idealistas.<sup>22</sup>

Sea como sea, lo cierto es que la necesidad juega un papel fundamental en la teología de Boecio. En las *Consolaciones*,

<sup>15</sup> Para este trabajo se ha utilizado la traducción al inglés de Erik C. Kenyon, quien se apoya en la versión latina de C. Moreschini, *De Consolatione Philosophiae: Opuscula Theologica*, Munich, K G Saur Verlag GmbH & Co, 2000.

<sup>16</sup> Así lo menciona Boecio en *De Trinitate*, 24-26.

<sup>17</sup> Por ejemplo, *De Trinitate*, I, 40-45. En este pasaje, Boecio se refiere a los modos en que se puede entender la semejanza: en cuanto a género, a especie o a número.

<sup>18</sup> *De Trinitate*, III, 100-105. La traducción del inglés es mía.

<sup>19</sup> Étienne Gilson, *La filosofía en la Edad Media*, p. 132. Gilson sostiene que este concepto ya había sido acuñado por Mario Victorino (300-380), un filósofo cristiano neoplatónico.

<sup>20</sup> El término necesidad viene del griego *anáanke*, que su utilizaba en la Hélade para designar el esplendor de un poder oculto. Así, por ejemplo, es posible decir que Antígona lucha contra la necesidad de las leyes divinas. No puede enterrar a su hermano, porque aquello implicaría morir a manos de la polis, pero tampoco puede desentenderse de sus deberes filiales, pues aquello significaría el castigo eterno de los dioses. Hiciese lo que hiciese, Antígona estaba condenada a sufrir. Hay aquí una necesidad que puede ser asociada con el destino.

<sup>21</sup> Howard R. Patch, “Necessity in Boethius and the Neoplatonists”, *Speculum*, Vol. 10, No. 4, pp. 393-404. Para Patch, Boecio no inventó el concepto de necesidad como es entendido en la filosofía medieval. Su única originalidad consistiría en aplicar el concepto según su propósito. Es probable que la “necesidad”, entendido como un término aplicable a Dios, hubiese sido una reafirmación de la esperanza que Boecio necesitaba mientras cumplía pena de cárcel.

<sup>22</sup> Véase Manfred Svensson, Agustín de Hipona, *Pensadores Fundamentales*, Instituto Res Publica, 2015.

# III. Teología

por ejemplo, la necesidad se hace fundamental para explicar el funcionamiento del mundo, que se encuentra gobernado por la Providencia.

“Existen, de hecho, dos clases de necesidades: una simple, como el hecho de que necesariamente todos los hombres sean mortales, la otra condicionada; por ejemplo, si sabes que alguien camina, es necesario que esa persona camine. Aquello que alguien sabe no puede ser distinto de cómo lo conoce pero esta necesidad condicionada no implica en absoluto una necesidad simple. En efecto, esta necesidad no la provoca la naturaleza propia de una cosa, sino la adjunción de una condición: en realidad ninguna necesidad obliga a avanzar a quien camina por su propia voluntad, a pesar de que, desde el momento en que camina, es necesario que avance. Del mismo modo, pues, si la Providencia ve algo como presente, debe necesariamente existir, aunque no tenga por su naturaleza ninguna necesidad de existir.”<sup>23</sup>

A grandes rasgos, se puede pensar que la Providencia de la que Boecio habla es Dios. Nunca se establece una relación explícita entre divinidad y necesidad en las *Consolaciones*, pero esto se debe a una cuestión literaria. En efecto, para quien lea la obra más conocida de Boecio desde la inspiración cristiana, encontrará en ella constantes guiños a la perfección divina. De lo contrario, se podría reducir la necesidad a una mera cuestión cosmológica, heredada de las lecturas que los neoplatónicos hacen del *Timeo*.<sup>24</sup> Parece más sensato asumir que en Boecio hay un cierto eclecticismo que facilitar la comprensión de su filosofía, del mismo modo en que utiliza elementos aristotélicos y cristianos. De hecho, la misma Providencia es un concepto cristiano. Pero esto en ningún caso puede ser asociado a un utilitarismo, sino un intento por congeniar fe y razón.<sup>25</sup>

Ahora bien, situando a la Providencia en el contexto de una obra literaria, a saber, *La consolación de la filosofía*, es necesario cuestionar si acaso la intención de Boecio es realmente una apología cristiana, o un último grito de esperanza (recuérdese que, al momento de escribir este texto, Boecio estaba encarcelado), o quizás simplemente un último consuelo, no inspirado ni en la sutilezas de las artes (la música y la poesía) ni en la fe, sino solo en la certeza filosófica de que se ha vivido una vida buena.

<sup>23</sup> Boecio, *La consolación de la filosofía*, Madrid, Akal, 2009, V, 6, 27 y ss.

<sup>24</sup> Howard R. Patch, “Necessity in Boethius and the Neoplatonists”, p. 394. Patch cita como ejemplo el comentario de Procolo al *Timeo*, donde se muestra a la necesidad como esposa del Demiurgo (el ser que articula la existencia y genera las leyes universales).

<sup>25</sup> Stephen Gersh, “The First Principles of Latin Neoplatonism: Augustine, Macrobius, Boethius”, *Vivarium*, No. 50, pp. 117-120. Gersh remite particularmente a *Consolación*, III, IX, en donde Boecio expone una cosmovisión de carácter platónico (es decir, estableciendo una jerarquía que desciende por estadios desde el creador hasta la criatura). Este pasaje, sin embargo, está empapado de atisbos a la Providencia, de modo que, si se acepta que Boecio es esencialmente neoplatónico, se hace necesario considerar que su neoplatonismo comprende una serie de modificaciones.

## IV. La consolación de la filosofía

Durante el tiempo en que se encontraba prisionero en Pavía aguardando la ejecución de la sentencia de muerte, no es difícil imaginar que Boecio lamentara su suerte, se abandonara a la desesperación y se cuestionara la existencia de una justicia, sobre todo divina. Aunque este punto admite discusión, es innegable que a lo largo de toda la obra, Boecio se esfuerza por establecer una teología natural, es decir, un razonamiento que sustenta la creencia en un orden divino, pero, al mismo tiempo, nunca da un salto hacia la fe. En estricto rigor, entonces, la *Consolación* es un compendio del bagaje filosófico de Boecio, no una apología de la vida cristiana. Es por esto que, esperando la muerte, el autor de la obra cita como musa a la Filosofía.

La *Consolación de la filosofía* está dividida en cinco libros, cada uno subdividido en una cantidad igual de versos elegíacos y reflexiones en prosa. Los primeros son citados en números romanos, y las segundas en arábigos. La trama de la obra es una autobiografía enfocada sobre todo hacia los sufrimientos que Boecio padeció antes de morir. En medio de la cárcel, llorando desconsoladamente, el personaje principal recibe la visita de una extraña mujer, que lo aparta de las consolaciones simples (la música y el arte). Con una metodología similar a la aristotélica,<sup>26</sup> Filosofía invita a Boecio a seguir el camino de la razón que, en definitiva es la felicidad, y a abandonar el camino de las pasiones, que nubla la conciencia.

“Fijando entonces sobre mí sus penetrantes ojos, me preguntó: ‘¿No eres tú precisamente el que, nutrido en otro tiempo con mi propia leche, criado con mis alimentos, habías conseguido la fuerza de espíritu propia de un hombre? Yo soy quien te proporcionó armas tales que, si no las hubieses desechado antes, te protegerían con una fuerza invencible.’”<sup>27</sup>

Es al menos llamativo que Filosofía sea quien invita a Boecio a salir del estupor. Es ella, no Dios ni un ángel, quien reafirma el espíritu del preso utilizando todos sus conocimientos (propios de la escuela eleática y académica), aclarando sus dudas y confortando su angustia. Filosofía hace entender a Boecio que no tiene sentido llorar por la Fortuna. Ésta puede ser buena o mala, pero es parte de su condición, es su naturaleza. Entonces, los hombres que ponen su felicidad únicamente en las contingencias de Fortuna, están condenados a ser desdichados, porque no conocen a ciencia cierta qué es lo que puede ocurrir a futuro. No significa esto que Fortuna sea mala, sino simplemente que está en su esencia cambiar constantemente.<sup>28</sup> Filosofía muestra a Boecio que el verdadero camino hacia la felicidad es, en primer lugar, abandonarse en las leyes eternas que gobiernan el mundo, no en aquellas que fueron creadas por los hombres.<sup>29</sup> Boecio concede este punto, y reconoce que el mundo no puede estar gobernado por el azar.<sup>30</sup> Es así como Filosofía incita al personaje principal a razonar desde la perspectiva teleológica.<sup>31</sup>

Desde un punto de vista teleológico, el hombre es superior

<sup>26</sup> En efecto, Aristóteles afirma la superioridad de la razón por sobre las pasiones en varios lugares de su obra. Para el Estagirita, la felicidad se encuentra necesariamente ligada a la razón, porque es ésta la que determina al hombre. Para más detalles, véase Álvaro A. Pezoa, “Aristóteles”, *Pensadores fundamentales*, Instituto Res Publica, 2014.

<sup>27</sup> Boecio, *La consolación de la filosofía*, I, 2, 2-4. Hasta este instante, Boecio no reconoce quién es el personaje que lo visita en medio de su angustia. Más adelante, en I, 3, 2-3, cae en la cuenta: “Y así, al volver los ojos y fijar la mirada en ella, vi a mi nodriza, la Filosofía, cuya casa había frecuentado desde mi juventud.”

<sup>28</sup> I, IV.

<sup>29</sup> I, V.

<sup>30</sup> I, 6, 3-5. Filosofía pregunta a Boecio si acaso cree que el mundo es un conjunto de accidentes, o si, en realidad, piensa que hay un orden determinado que estructura la existencia misma. A esto, Boecio responde: “(...) me sería imposible creer que algo tan bien determinado sea movido por las fuerzas ciegas del azar; por el contrario, estoy convencido de que Dios preside, como creador, su obra, y nunca llegará el día que me aparte de la verdad de esta convicción”. Aunque esta cita pareciera mostrar que Boecio realiza una apología del cristiano, solo se limita a afirmar la existencia de un ser que dispone de lo creado. Este punto, que pareciera engañoso, es simplemente un intento por confirmar la teología natural.

<sup>31</sup> Teleología viene del griego *telos*, que significa finalidad. En su ética, Aristóteles utiliza este concepto para designar el modo en que se conoce la naturaleza del hombre. Si se acepta que existen leyes universales y un primer motor inmóvil, entonces es necesario que en la existencia humana -y en la existencia de toda la creación- haya un plan o un modo de ser que perfecciona a la criatura misma. En el caso del hombre, el telos es la felicidad, que se relaciona directamente con la vida intelectual y la vida buena.

## IV. La consolación de la filosofía

al resto de la creación, incluso “divino”.<sup>32</sup> Con esto, Filosofía produce un giro de pensamiento en Boecio o, más bien, hace que el personaje principal vuelva a las premisas filosóficas que había abandonado a causa de la injusticia y el sufrimiento. Así, Boecio comienza a caer en la cuenta de que, a pesar de sus terribles circunstancias, puede ser feliz, si es que es capaz de superar el apego por las cosas terrenas. En efecto, al renunciar a la falsa felicidad de Fortuna, Boecio se hace libre y puede comenzar su camino hacia el verdadero fin.<sup>33</sup> Éste consiste en la búsqueda del bien, o de aquellos bienes que se quieren por sí mismo. A partir de esta premisa, Filosofía -siguiendo la argumentación aristotélica<sup>34</sup>- le enseña a Boecio que la felicidad es un conjunto de bienes:

“La felicidad es, en efecto, suma independencía, es además sumo poder, y se dice también que es suma respetabilidad, celebridad y placer.”<sup>35</sup>

Detrás de esta definición existe un sincretismo entre filosofía estoica, neoplatónica y aristotélica. En efecto, la “suma independencía” es una de las cualidades que los estoicos perseguían con ímpetu. Con esto no querían significar la independencía política o meramente la ausencia de restricciones ajenas, sino algo mucho más profundo. Con la conquista de Alejandro de Macedonia, las ciudades griegas perdieron su bien más preciado: la libertad. Del esplendor y la cultura autónoma derivaron hacia el servilismo y la dependencia. Es en este contexto histórico en el que surge el estoicismo. Los estoicos se percataron de que la verdadera libertad se encuentra en el desprendimiento: si el ser humano consigue desligarse de las contingencias terrenas, entonces halla espacio para la verdadera felicidad, porque de este modo no hay cuestión material que lo turbe. El sumo poder es, en cierto modo,



<sup>32</sup> II, 4, 23 y ss.

<sup>33</sup> III, 5, 3 y ss.

<sup>34</sup> IV, 7, 21 y ss. La concepción aristotélica de felicidad está tan inmersa en la *Consolación*, que incluso se menciona que el bien es el justo medio. Filosofía dice en este pasaje: “¡Manteneos con todas vuestras fuerzas en el justo medio! Todo aquello que permanece más allá o va más acá de este justo punto significa despreciar la felicidad y no alcanzar la recompensa por las penas sufridas”.

<sup>35</sup> III, 10, 30-32.

## IV. La consolación de la filosofía

un reflejo de lo mismo. Esto no quiere decir que el poder sobre los demás sea el bien -aunque no tiene por qué ser algo malo-, sino que el poder sobre la propia voluntad y las pasiones implica un mayor grado de libertad. Esta idea también está empapada de estoicismo.<sup>36</sup> Finalmente, la respetabilidad -la capacidad de generar admiración en los demás-, la celebridad -el éxito obtenido fruto de las propias virtudes- y el placer -no gozado en exceso, sino en cuanto es parte fundamental de la vida sensible y resulta agradable- son elementos que, de algún modo, remiten a la ética aristotélica.<sup>37</sup>

Ahora bien, aunque el proceso de “conversión” de Boecio hacia la verdadera felicidad es el fundamento de la *Consolación*, existe un pasaje particularmente reconocido que marcó gran parte de la discusión de los escolásticos:

“La eternidad es la posesión completa y perfecta de una vida ilimitada”<sup>38</sup>

Con esta definición, Boecio consigue un doble objetivo: en primer lugar establece un final para la vida buena, una eternidad de gozo y bien; y en segundo lugar, introduce un bagaje conceptual para entender la naturaleza divina.



<sup>36</sup> Para revisar ambos puntos, vale la pena leer Marcelo Boeri, *Los estoicos antiguos: sobre la virtud y la felicidad*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2004.

<sup>37</sup> En efecto, Aristóteles no niega que la fama, el respeto y, en general, los placeres pueden constituir un bien y que conforman parcialmente la felicidad.

<sup>38</sup> V, 6, 4 y ss.